

LA VENGANZA NO TIENE FECHA DE EXPIRACIÓN

# LA ÚLTIMA EXCLUSIVA

DANILO LUNA

PREP

# LA ÚLTIMA EXCLUSIVA

DANILO LUNA

## Una aclaración

Estimado lector, apreciada lectora:

La historia que estás a punto de leer **ocurre en algún lugar de México**. Al avanzar por estas páginas notarás que en ningún momento menciono el nombre de algún estado o de alguna ciudad. **Esto es completamente deliberado**.

La escribí de esta manera para que **seas tú quien llene ese hueco**. Podría suceder en cualquier parte. **Podría ocurrir en tu ciudad**.

Uno de los ejes centrales de esta novela es la desaparición de un reportero, algo **no tan inusual como podrías pensar**.

De acuerdo a datos de la organización Artículo 19, **al menos 24 periodistas permanecen como desaparecidos en México desde el año 2003 hasta el año 2019**; además, **127 periodistas fueron asesinados en este país por hechos relacionados con su labor**, de enero del año 2000 a junio del 2019.

La que te presento en las siguientes páginas **es una historia de ficción**, los personajes son producto de mi imaginación, pero cualquier parecido con la realidad, **no es mera coincidencia**.

**Al menos no del todo.**

Danilo Luna

Julio, 2019

# Contenido

[Title Page](#)  
[Una aclaración](#)  
[Fernando](#)  
[Una llamada amistosa](#)  
[Nota de Prensa](#)  
[La fotografía](#)  
[Nota de Prensa](#)  
[Malos recuerdos](#)  
[Nota de Prensa](#)  
[Pedro](#)  
[Tres en fila](#)  
[Nota de Prensa](#)  
[Una mala muerte](#)  
[Ramón](#)  
[Nueva información](#)  
[Sin secretos](#)  
[Gema](#)  
[Te lo dije](#)  
[Magda](#)  
[Un jugador más](#)  
[Nota de Prensa](#)  
[Omar](#)  
[Nota de Prensa](#)  
[Caras vemos](#)  
[Julián](#)  
[Nota de Prensa](#)  
[En la boca de la loba](#)  
[Pacto con el diablo](#)  
[Una respuesta](#)  
[Una decisión](#)

[Rock and Roll](#)

[Nota de Prensa](#)

[Todo por el todo](#)

[Fin del juego](#)

[Dulce hogar](#)

[Nota de Prensa](#)

[Desaparecido](#)

[Agradecimiento](#)

[Otras obras](#)

[© Todos los derechos reservados.](#)

## Fernando

*Jueves, 08 de agosto de 2019, 10:07 P.M.*

Pasan de las diez de la noche cuando Fernando Robles estaciona su viejo pick up Chevrolet Apache frente a su domicilio.

Está cansado, rendido, en realidad. Quien haya dicho que ser propietario de tu propia empresa te hace la vida más fácil, nunca ha trabajado en los medios de comunicación. Mucho menos ha tenido que lidiar con la aplastante presión de tratar de mantener a flote una página de noticias en línea y una nómina de siete empleados.

Su sitio, *Sin Más Reservas*, es una empresa chica, microempresa en realidad, pero el periodista ha sabido utilizar su conocimiento y sus contactos para sacarla adelante con esfuerzo y trabajo duro.

También ha recibido, para qué negarlo, algo de apoyo de políticos interesados en que se difunda tal o cuál información, o bien, que no se difunda otra, pero Robles está convencido de que esos *convenios de publicidad* no lo convierten en un periodista corrupto, después de todo, nunca ha aceptado recibir dinero para enlodar a otros ni para fabricar mentiras, sino para enaltecer obras de gobierno y algún otro mensaje de vez en cuando.

Robles, pues, no se considera un vendido, mucho menos un *chayotero*, como se les llama en México a los periodistas alineados al poder político o gubernamental. Robles se considera un sobreviviente que ha sabido adaptarse a los cambios de un negocio —porque eso es lo que es— en

el que los profesionales de los medios de comunicación cada vez encuentran más competencia, a veces de jóvenes improvisados que no los igualan en técnica o experiencia, pero sí en equipo y en oportunidad.

Atrás quedaron los tiempos en los que Robles pasaba noches enteras escuchando la frecuencia policíaca para ser el primero en la escena de un crimen, aunque a veces lo extraña. Hoy, cuando en su sitio llega a manejar información policíaca, es la proveniente de boletines de prensa y sin darle mayor importancia.

Muy lejos quedaron también esos sueños de ganar premios nacionales o de lograr que su nombre fuera conocido en todo el país. Cuando piensa en eso siempre se dice que nunca se presentó la oportunidad, que no tuvo suerte, pero que en realidad es tan buen periodista o incluso mejor que algunos de sus colegas más reconocidos.

Pero esta noche no está pensando en eso. Esta noche Fernando solo está pensando en entrar a su casa, aflojarse el cinturón, lanzar la camisa a cualquier esquina, los zapatos a otra, abrir una cerveza, ver un poco de televisión y quedarse dormido. Básicamente lo mismo que hace todas las noches desde que su esposa lo dejó llevándose a sus tres hijos con ella, aunque le cuente a sus colegas y amigos una historia completamente distinta, la historia del maduro seductor que se las ingenia para conseguir una pareja nueva cada semana y después inventa las más curiosas mentiras para conseguir sacarlas de su casa y subirlas al taxi.

Después de todo, a Fernando Robles le gustan las mujeres para pasar un rato, no para dormir con ellas y eso incluye a las mujeres imaginarias, que a fin de cuenta son todas las que presume.

Termina de poner el bastón de seguridad a su auto —no tiene cochera— y desciende del mismo para dirigirse a la entrada de su casa. De pronto tiene la sensación de que alguien lo observa. Voltea hacia atrás y solo ve una calle de-

sierta cuya oscuridad es apenas mitigada por la única de las tres luminarias que aún funciona.

«Te estás volviendo cada vez más paranoico», piensa mientras vuelve la mirada al frente y camina directo hacia la puerta.

Mete la llave en la cerradura, quita el seguro, da vuelta a la perilla y la sensación de que alguien lo observa regresa. Sonríe pensando que es de nuevo su imaginación y se da la media vuelta, esta vez con mucha más calma, para encontrarse con una silenciosa figura vestida de negro de pies a cabeza.

—¿Qué demonios? —alcanza a preguntar antes de sentir el frío acero de un cuchillo común de cocina entrar en su vientre.

La hoja metálica sale rápidamente y el dolor, si es posible, es aún más intenso que cuando entró. Se lleva la mano a la herida y la retira de inmediato, como si necesitara ver la oscura sangre con sus propios ojos para creer que eso le está pasando a él.

Su mente le dice que debería entrar a la casa y cerrar la puerta, pero sus piernas se niegan a moverse. No tiemblan, no pierden el equilibrio, simplemente se niegan a obedecerlo. Una oscura mancha de orina se dibuja en su entrepierna, pero Fernando ni siquiera se da cuenta. De cualquier forma sería lo que menos le importaría en ese momento.

—Espera, espera —le ruega a su atacante—, tengo dinero en un cajón. No mucho, pero algo.

—No vengo por eso.

La segunda puñalada entra del lado izquierdo del abdomen. Después una tercera, cuarta, quinta y sexta. Con la séptima se asegura de golpear el hueso del esternón para romper el cuchillo, dejando la hoja en el interior de su víctima que, ahora sí, comienza a temblar de una forma que sería incluso graciosa, si no fuera porque significa que alguien está muriendo.



Fernando Robles cae de rodillas. Lo último que ve antes de que todo se vuelva negro es a su homicida viéndolo fijamente. Sin hablar, sin tratar de robarle, sin burlarse.

Observa cómo se quita la máscara y se sorprende y aterroriza al ver el muy familiar rostro que lo observa con ojos muertos, casi tanto como lo estará él en pocos segundos.

Y lo último que se pregunta es si su muerte saldrá en las primeras planas de los diarios impresos o quedará relegada a una triste página de interiores.

## Una llamada amistosa

*Viernes, 09 de agosto de 2019, 01:51 A.M.*

Gabriel Palafox tiene el sueño ligero. Sus dos décadas de experiencia como periodista, particularmente los años que pasó cubriendo nota policíaca listo para saltar de la cama en cuanto oyera un reporte importante en la frecuencia de la Policía, lo acostumbraron a eso.

Desde que se convirtió en el director de noticias de Canal 9, con el noticiero de mayor presencia en el Estado a su cargo, no tiene que lidiar con guardias informativas ni con coberturas nocturnas, pero el sueño ligero se mantiene. Por eso se despierta en cuanto su móvil empieza a vibrar sobre la mesita de noche junto a su cama, aún sin que emita algún tono.

Observa la hora antes de contestar y ve que son casi las dos de la madrugada. El nombre que aparece en el *display* le hace adivinar que se trata de algo grande.

—¿Qué pasa, procurador? —pregunta en voz baja mientras se talla los ojos, tratando de no hacer ruido para no despertar a su esposa.

—Discúlpame por despertarte, Gabriel, no te llamaría a esta hora si no fuera algo importante.

En ese, como en la mayoría de los estados de México, el puesto de procurador de justicia es de índole político y generalmente es el titular del Poder Ejecutivo quien lo asigna después de un —casi siempre arreglado— procedimiento que incluye el envío de una terna al Poder Legislativo.

El procurador, pues, invariablemente termina siendo un miembro o al menos simpatizante del partido en la gubernatura, tenga o no experiencia en el área judicial. Néstor Barragán no es la excepción a la regla.

Abogado de carrera, pero con experiencia mayormente en derecho electoral, Barragán se desempeñó en varios puestos dentro del partido político que hoy ocupa el poder y Palafox lo conoce desde hace varios años.

Se podría decir que incluso, dentro de lo que cabe, ha tenido una buena relación con él, aunque para nada lo considera un amigo. Uno de los grandes errores que puede cometer un periodista es pensar que un servidor público, especialmente uno relacionado con la procuración de justicia, puede ser un amigo y no simplemente una fuente informativa.

—Te hablo a ti, aunque no es el protocolo correspondiente porque te considero mi amigo —dice el procurador—. Estoy en la casa de Fernando Robles. No hay una forma fácil de decir esto, Gabriel, así que lo diré de una vez. Lo mataron justo en la puerta.

El periodista siente que la habitación se hace más pequeña y da vueltas sobre su cabeza. Tarda un par de segundos en reaccionar. A diferencia de Néstor Barragán, Fernando Robles sí que era su amigo. Uno de los primeros que tuvo cuando iniciaba en el periodismo y uno de los pocos que ha tenido la fortuna de conservar después de tantos años.

—¿Cómo? ¿Qué fue lo que pasó? —pregunta al fin.

—Se están levantando las evidencias así que no tomes lo que te voy a decir como algo oficial, pero todo indica que fue un tema... bueno, pasional, personal. La forma en que fue atacado y la violencia con la que fueron infligidas las heridas concuerda con eso. Te repito que esto que te digo es completamente extraoficial.

Gabriel lo piensa por un momento. El motivo por el que Fernando fue abandonado por su esposa fue por que lo

descubrió en una infidelidad y su actitud no cambió después del divorcio, sino todo lo contrario. Incluso presumía, a quien quisiera escucharlo, que a cada rato tenía aventuras con mujeres casadas y se reía cuando le decían que, un día, un marido agraviado lo iba a encontrar y le iba a poner una golpiza o algo más.

Así que muy a su pesar y con las reservas de no contar con algún dato extra, Gabriel admite para sus adentros que la teoría, aunque apresurada, no es para nada descabellada.

—Sí, sí, entiendo, extraoficial —responde al fin—. Voy para allá. Llego en unos minutos.

—No es necesario que vengas. La información se transmitió por la frecuencia de la Policía Municipal y el lugar ya se está llenando de reporteros. De seguro llegará uno de los tuyos y yo me aseguraré de que tenga toda la información que necesitas. Lo que te quiero decir te lo puedo decir por teléfono.

—No, llego en menos de treinta minutos —responde justo antes de terminar la llamada.

Gabriel se pone el primer pantalón que puede encontrar sin encender la luz, con la vana intención de que su esposa no despierte. Hace lo mismo con el zapato derecho y se queda casi congelado mientras toma el izquierdo, apenas procesando lo que acaba de pasar.

Lorena despierta y lo ve sentado en el borde de la cama, como una estatua con la mirada fija hacia la oscuridad. Enciende la pequeña lámpara para leer que reposa en el buró junto a su lado de la cama.

—¿Amor?, ¿qué pasa? —pregunta a mitad de un bostezo.

—Es Robles —contesta regresando a la realidad—. Fernando Robles. Lo mataron en su casa.

—¿Qué? ¿Fernando? ¡Ay, Dios! No me digas que por algo que publicó en su sitio.

—No lo sé, todo parece indicar que fue un asunto personal, pasional, pero todavía no se sabe nada.

—Ay, amor, ¿tienes que ir? De seguro tu reportero de guardia puede tomar todos los datos.

—Fernando era mi amigo, Lorena, tú lo sabes. Necesito ir.

Lorena se frota los ojos, reprime un bostezo y al fin asiente con la cabeza mientras toma la mano de su esposo.

—Ten cuidado, por favor. Y si sospechas que se trató de algo más, no te hagas el valiente. Ya no eres un reportero intrépido tratando de comerse el mundo. Recuerda que tienes una hija.

—No te preocupes —contesta mientras le da un beso en los labios—. La policía ya aseguró la zona, solo necesito ir, necesito verlo. Si puedo hacer algo para ayudar a que atrapen a quién sea que lo haya asesinado, tengo que hacerlo.

«Sin duda él lo haría por mí», piensa, pero decide que no es necesario decirlo y preocupar a su esposa con la idea de que algo así le hubiera podido pasar a él.

Sale del cuarto sin esperar una respuesta. Antes de dejar su casa echa un vistazo dentro de la habitación de la pequeña Lila, iluminada con una silenciosa lámpara que hace formas de mariposas en el techo y le lanza un beso silencioso.

Emprende al camino muy conocido hacia la casa de Fernando, que está relativamente cerca de la suya. Con el poco tráfico que hay, llega en menos de veinte minutos.

El área alrededor de la escena está debidamente acordonada. Reporteros, fotógrafos y camarógrafos tratan de hacerse espacio entre los vecinos, algunos en bata y sandalias, que no se muestran dispuestos a seguir la recomendación de volver a sus hogares.

«Malditos morbosos», piensa mientras estaciona su auto. «Y de seguro cuando les pregunten, ninguno sabrá nada».

La mayoría de los comunicadores que están en el lugar son relativamente jóvenes, pero acostumbrados a cubrir notas de homicidios. Incluso han aprendido a bromear y reírse en esas situaciones, demostrando la pérdida de la capacidad de asombro que caracteriza a los periodistas que han visto suficientes cadáveres. Un grupo está incluso riéndose de algún improvisado chiste cuando ven llegar a Gabriel.

Callan de inmediato, pues saben que Palafox y Robles eran buenos amigos, periodistas *de la vieja escuela*. Algunos se acercan a él a ofrecerle, no con palabras, sino con una leve inclinación de cabeza, un respetuoso pésame que es agradecido con el mismo gesto.

«Así que así es cómo se siente estar del otro lado de la barra», piensa Gabriel mientras recuerda las veces que él se tuvo que abrir paso entre familiares ahogados en llanto para acercarse a alguna escena de homicidio.

Al fin, el procurador Barragán, ataviado con un innecesario chaleco antibalas y en mangas de camisa, repara en Palafox y con un par de ademanes da instrucciones a los agentes de Homicidios para que le permitan pasar el cordón de seguridad.

Si se tratara de cualquier otro caso, el resto de los reporteros reclamarían el trato especial, pero en esta ocasión ninguno dice una sola palabra. Un novato que tiene apenas tres semanas desde que fue contratado en un periódico local se adelanta con intención de decir algo, pero es detenido de inmediato por el fotógrafo que lo acompaña, quien moviendo la cabeza de lado a lado y llevándose el dedo índice al surco subnasal le dice que guarde silencio.

—Gabriel —dice el procurador—, primero que nada, quiero decirte que lo siento mucho. Sé bien que era tu amigo y quiero que sepas que también lo consideraba un amigo mío.

—Inicié en el periodismo hace veinte años —contesta de forma educada, pero seca—, y Fernando ya tenía siete

de experiencia en el canal. Él me enseñó a moverme por la fuente policiaca.

El procurador no dice nada. Sabe que Gabriel no busca una respuesta, así que lo deja ver la escena del crimen.

El cadáver de Robles aún está en el piso, cubierto por una manta de Servicios Periciales y el charco de sangre a su alrededor es tan grande que Gabriel entiende lo que Barragán quiso decir sobre la violencia con la que fue asesinado.

—¿Quién lo encontró?

—Unos adolescentes que andaban de vagos. Pasaron por aquí y lo vieron tirado. Creyeron que estaba borracho y se acercaron, ellos dicen que para tratar de ayudarlo, pero yo sospecho que fue para tratar de robarle algo, patearlo, escupirle, ¿qué se yo? Se llevaron un susto cuando vieron la sangre en el suelo y entendieron que estaba muerto.

—¿No son sospechosos?

Barragán no dice nada. Se limita a mirarlo fijamente a los ojos, esperando escucharlo de sus labios.

—Entiendo que la investigación está en proceso y que todo lo que me diga está *fuera de libreta*, procurador. Tiene mi palabra de que no publicaré nada de lo que me revele en este momento.

—Gracias, Gabriel —contesta el procurador—. No, no son sospechosos. Son tres jóvenes de quince años, viven en esta colonia, no tienen antecedentes de ningún tipo y francamente creo que se orinaron en los pantalones cuando los interrogamos. Están diciendo la verdad.

—¿Y estás seguro de que se trató de un crimen pasional?

—No puedo estar seguro de nada hasta tener más evidencias, pero la víctima... Fernando tiene su billetera completa, con algo de dinero y sus tarjetas. Además, lleva un reloj de oro bastante vistoso en la muñeca. Definitivamente no se trató de un robo.

—Sí, su reloj de oro. Estaba muy orgulloso de mostrarlo. Se lo regalaron cuando cumplió veinticinco años en el noti-